

# El esqueleto, el hada y otros textos



Oscar Bonilla

# El esqueleto, el hada y otros textos



Oscar Bonilla  
(Gómez Palacio, Durango., 1996)  
Escritor norteno. Su novela *Los veranos con Emilia* recibió el Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela 2020. Su cuento *Las vías del tren* fue acreedor del Premio Internacional de Cuento Juana Santacruz 2017. Ha obtenido las becas del Programa de Estímulo a la Creación y el Desarrollo Artístico del Estado de Coahuila (2018-2019) e Interfaz (2018) en la categoría de Literatura.

# **El esqueleto, el hada y otros textos**

Oscar Bonilla

- © Oscar Bonilla
- © Secretaría de Cultura del Gobierno de México
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura de Coahuila

Portada: Yorch Robles

Fotografía: Pedro Alejandro Bonilla Armijo

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México. Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2020.

Este programa es público ajeno a cualquier partido político.

Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.

Este libro se editó con el apoyo de la Beca Arte Resiliente otorgada por la Secretaría de Cultura del Estado de Coahuila de Zaragoza.

Torreón, Coahuila, octubre de 2020.



# ÍNDICE

El esqueleto .....	9
Volver a vivir .....	11
El día absurdo.....	21
El hada .....	25





## El esqueleto

Una noche, de las entrañas de un monte se levantó un pequeño esqueleto. Miró a la luna, lloró con voz infantil y echó a andar. Caminó sin rumbo, sin destino. Caminó porque tenía que hacerlo, porque estar enterrado sin tumba y sin nombre no es correcto. Mientras andaba, su llanto iba despertando a otros esqueletos que salían de la tierra y se unían a su marcha. Eran más grandes, y al encontrarse lo abrazaban y se fundían con él. A medida que nuevos esqueletos llegaban, el esqueleto pequeño crecía. De medio metro pasó a medir un metro, después dos, tres, cinco. Tras la séptima noche medía ya veinte metros y su llanto era tan fuerte que a su paso temblaban árboles y montañas, cerros, cuevas y laderas. Allá donde fuera, los muertos abandonaban sus tumbas clandestinas: esqueletos anónimos ejecutados en noches aciagas, víctimas de la guerra y el olvido. Los vivos, al escuchar su llanto, también salían a su encuentro, agachaban la cabeza y lloraban con él; humedecían de lágrimas la tierra por donde el esqueleto caminaba.

Un año entero duró la marcha. El esqueleto recorrió el país de punta a punta: de los desiertos del norte a las selvas del sur y de regreso. Al final era tan alto que se erguía como una montaña de tristeza. Una noche se dirigió a la costa y se internó en el océano. Caminó entre las olas hasta perderse en el agua. El país lloró al verlo hundirse. Las lágrimas fueron tantas y tan saladas que se confundieron con el mar mismo. Después, la gente se enjuagó los rostros y todos juntos erigieron una columna de piedra en la cual grabaron los nombres de los muertos.



# Volver a vivir

1

Hoy, a las diez de la mañana, Columba Sabina volvió a la vida. La paciente atravesó con éxito el proceso de criogenización inversa, convirtiéndose en la persona más joven en regresar de la muerte.

Asisto al procedimiento como parte de un reducido grupo de estudiantes. Estamos aquí para observar. De pie, en la cabina de operadores, permanecemos erguidos, arreglándonos el cuello de las batas una y otra vez, y volviendo a leer las notas proporcionadas por nuestros profesores.

Uno de los operadores, oculto tras unos lentes de armazón oscuro, da la orden y la cápsula sellada cuatrocientos años atrás se abre: los gases almacenados durante siglos salen expulsados y el proceso de rehidratación celular comienza. Los tejidos neuronales son los más importantes y, también, los de más difícil acceso, pero la tecnología es capaz de rociar vida nueva en los campos yermos por el tiempo, por la muerte.

Se trata, en conjunto, de un proceso delicado.

De acuerdo con el expediente, la paciente, nacida en la primera década del siglo XXI, fue sometida a la criogenización por voluntad de sus padres tras una serie de tratamientos infructuosos contra el cáncer. Tenía diecisiete años.

En aquella época la criogenización todavía era un proceso demasiado costoso y la comunidad científica desconfiaba de su eficacia. Además, una cura para el cáncer resultaba aún lejana. Por ello, la decisión de someterla al sueño del hielo fue un salto al vacío, un último grito desesperado.

Mientras observo el cuerpo de Columba sacudirse debido a las microscópicas partículas de líquido que se adhieren con violencia a los tejidos, pienso en sus padres. ¿Qué tipo de personas fueron? ¿Conservaron, en verdad, la esperanza de que la ciencia sería capaz de traer a su hija de regreso y curar su enfermedad? No importa, no importa lo que ellos hayan creído, pues ahora, frente a mí, Columba vuelve a abrir los ojos.

Una noche de septiembre, cuatrocientos años atrás, Columba, al borde de la inconsciencia, fue trasladada en una camilla a través de las instalaciones de una clínica. No se sentía mal. Estaba fuertemente medicada. Lo único que la molestaba era que tenía frío y que antes de salir de la habitación no le permitieron peinarse. Desde que el cabello volvió a crecer, tras abandonar las quimioterapias, no había nada que disfrutara más que peinarlo y observarse en el espejo. No era vanidad, sino admiración por un trofeo perdido y recuperado: la dignidad de sentirse niña, mujer, humana.

La camilla se sacudía al pasar sobre los bordes en el suelo. No podía ver los rostros de quienes la conducían. Lo único que sus ojos lograban arrancar a la clínica luz blanca de las lámparas que se sucedían en el techo, eran siluetas, siluetas con mascarillas médicas color azul enfermo, azul despedida.

Columba cerraba los ojos contra su voluntad. Quería ver a sus padres. Los dos eran médicos. Los dos sabían mucho, sabían de todo. Tenían posgrados otorgados por las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos y Japón. Pero eso no importaba. Lo que importaba eran los brazos de papá, fuertes y tranquilos, y la frente que cada día retrocedía más; lo que importaba era el olor del cabello de mamá, a lavanda, y el sabor a lágrimas en las mejillas cada vez que la besaba. Lo que importaba era eso y estaba a punto de no serlo.

Las siluetas la llevaron a un salón más iluminado y más frío que los anteriores. Frío, sí, al punto del hielo.

Sus ojos observaron la habitación, aunque se cerraban, aunque eran débiles. A través de una ventana, Columba vio la sombra de sus padres, solo la sombra pues la luz tras ellos era demasiado fuerte. Las sombras se agitaban con miedo y Columba se agitaba con cariño. Las sombras se volvían signos con las manos que decían adiós.

Columba se estremeció.

Azul despedida.

Alguien colocó una mascarilla sobre su rostro. Ella contó hasta diez al revés como le habían instruido que hiciera. Diez, nueve, ocho. Una escena de su cumpleaños número ocho atravesó su memoria. Siete, seis, cinco. Cuando era niña no tenía amigas, pero su mamá era su amiga. Cuatro, tres, dos. Una cara, la cara de un niño que le gustaba. ¿Quién? ¿Quién era? Nadie. No importaba ahora. Uno.

Los ojos se cerraron.

Observo a mis compañeros: toman notas con seriedad.

Un grupo de operadores, vestidos con trajes sellados, entra a la cámara y desata los soportes que sujetaron a Columba durante el sueño glacial. Una válvula se activa. Los gases residuales son expulsados. Los hombres depositan a Columba sobre una camilla. Ajustan una máscara de oxígeno sobre su rostro. La conectan a múltiples aparatos para monitorear los signos vitales.

Tamborileo los dedos sobre mi pierna. Observo.

Nos piden salir, esperar la etapa dos en un salón contiguo.

Treinta minutos después somos conducidos a una sala más pequeña. Al observar el mobiliario me sorprende lo cerca que estaremos de ella. Mis compañeros toman asiento y, en voz baja, comparan notas, opiniones. Después, la puerta se abre y dos hombres entran. Uno de ellos empuja una silla de ruedas sobre la cual Columba, con los músculos atrofiados por falta de uso, descansa.

Entonces, por primera vez, la observo de verdad: el cabello despeinado que cae sobre el rostro; las manos, la boca pequeña; el miedo en los ojos, esos ojos que se cerraron y volvieron a abrirse con cuatro siglos de por medio.

Siento algo más que simpatía por ella.

El proceso continúa con un cuestionario de rutina, preguntas para comprobar el desempeño de las funciones mentales y el deterioro natural de las capacidades físicas. Mis compañeros encuentran todo lo que sucede muy interesante, aprenden, registran. Para eso estamos aquí, pero yo he perdido toda capacidad de análisis. No puedo dejar de mirar sus ojos.



Se dice que es difícil encontrar a alguien que pueda, de verdad, entendernos. No se trata sólo de buscar la posibilidad de conexión entre todas las personas que habitan el planeta, sino, también, entre quienes lo han habitado y lo habitarán. Las probabilidades son casi nulas. Es, al final, cuestión de suerte. Y yo, en los breves momentos en que su mirada encontró la mía, intuí esa microscópica posibilidad de encuentro.

El problema es que los padres de Columba no realizaron bien sus cálculos. No se equivocaron al suponer que la ciencia podría traer de vuelta a su hija y curar su enfermedad, pero, debido a que en aquella época la criogenización era aún algo cercano a la ciencia ficción, no tuvieron acceso a un panorama completo. Desde que el proceso se volvió factible, el gobierno comenzó a regularlo de forma estricta. Y es que la capacidad de prolongar indefinidamente la vida trajo consigo problemas ambientales, legales, éticos y religiosos que no fueron previstos con exactitud. Finalmente, cincuenta años atrás, la coalición política más importante del planeta prohibió la criogenización de nuevos pacientes. Y la criogenización inversa fue limitada a fines de investigación científica.

Columba permanece en la silla de ruedas mientras uno de los operadores expone un resumen general del procedimiento. Yo continuo mirando sus ojos y, en un momento en que nuestras miradas coinciden, sonrío. Ella, confundida, también sonrío.

La presentación termina. Nos piden abandonar la sala. Lo que sigue tiene que realizarse bajo la más estricta discreción. Se trata de cumplir con la última cláusula de la prohibición.

Los hombres que trajeron a Columba se retiran llevándola con ellos. La observo girar la cabeza. Me busca. Busca volver a encontrar mis ojos. Al menos eso es lo que me digo a mí mismo. Me gusta pensar que ella también, en medio de la soledad que aplasta a todos los que se llaman y han llamado humanos, ha sentido esta breve posibilidad de unión.

La última cláusula de la prohibición especifica que, sin excepción, todos los individuos sometidos a la criogenización inversa deben ser eliminados con la mayor brevedad posible.

Después de que los especialistas realizan el procedimiento tienen la obligación de aplicar la eutanasia.

Yo también abandono la sala. Al cruzar la puerta me detengo y observo el piso de mármol mientras siento cómo vuelve a crecer la oscuridad del tiempo que desde el principio me separó de ella y que, por unos instantes, ha sido lo suficientemente cruel como para permitir que nos viéramos a los ojos.



## El día absurdo

*10:00 p.m.*

Despiertas en la misma cama de hotel. Llevas semanas hospedado aquí. El sitio es un desastre. No has permitido que hagan limpieza en la habitación. Tu cama está desordenada, igual que tu cabello, tus ideas, tu vida.

Caminas al balcón. Sostienes una cajetilla de Marlboros en la mano. Abajo, las personas pasan, diminutas, lejanas.

No tienes ganas de nada; ver pornografía y ordenar comida rápida te parece demasiado.

Tomas un baño. Te miras en el espejo: tienes la barba crecida. Te vistes. Bajas al restaurante mexicano que a veces visitas por nostalgia. Lo cierto es que te gustaba más cuando ibas con ella, ¿recuerdas? Te gustaba más la comida. Te gustaba más la habitación. Te gustaba más la vida.

Decides usar las escaleras. Presientes el frío exterior. Mientras bajas, paso a paso, lo entiendes: algo está a punto de romperse. No sabes qué exactamente, sólo que desordenará todo.

El restaurante está casi vacío. Intentas encontrar un rostro conocido entre las mesas, pero incluso aquí eres un extraño.

No perteneces.

Largo.

Comes rápido. Comes intranquilo. Quieres estar de vuelta en la habitación, tal vez te sientas seguro ahí.

De regreso te detienes a observar el edificio de enfrente. Tiene espejos por ventanas. El edificio entero es un espejo, un reflejo del mundo que se eleva treinta pisos y penetra al cielo con violencia, con furia fría y moderna.

No pasa nada. Nunca pasa nada, pero las horas, igual, se escapan.  
Vuelves a la habitación.  
Te quedas dormido.

*04:30 a.m.*

Abres los ojos. Permaneces algunos minutos bajo las sábanas. La luz azul de la televisión se filtra a través de la tela.

Sobre la mesa de noche hay una botella de whisky.

Comienzas a beber mientras escuchas las risas retransmitidas de la televisión. Los sonidos que te acechan: felicidad con guion, felicidad enlatada, felicidad en horario de poca audiencia, felicidad negada.

Un trago, dos, seis.

Descorres las cortinas y sales al balcón. La ciudad es una bestia de ojos múltiples, una fiera construida de corazones disociados. Te asustas, retrocedes. Vuelves a esconderte. Pero algo no está bien y no va a volver a estarlo: has visto, mientras huías, la figura de una persona observándote desde el edificio de enfrente.

Te propones olvidar, concentrarte en la bebida, pero de vez en cuando te asomas y él sigue ahí.

*12:45 p.m.*

No recuerdas cuándo te quedaste dormido. Tienes un mal sabor en la boca. La cabeza te duele. Sentado sobre la cama, intentas recordar en qué momento te venció el alcohol, pero es inútil.

Mientras te diriges a la ducha, un recuerdo distinto llega a ti: la persona del balcón.

Te lavas intranquilo. Te afeitas mientras te dices que no hay nada extraño en el asunto, que cualquier persona podría estar observando cualquier cosa en aquel momento.

Sin embargo, cuando reúnes el valor para volver a asomarte, él todavía sigue ahí. Parece, incluso, no haber cambiado de posición desde la noche anterior.

Ahora estás convencido: te observa a ti. Sientes el golpe del pánico; una especie de temor que no puedes ignorar, que te arrastra y que no procede de un lugar consciente.

“Es la bebida” te dices para justificar el malestar, pero sabes que es una excusa y el verdadero motivo es, de momento, inaccesible.

*05:15 p.m.*

En una rápida incursión a la ciudad compras binoculares y provisiones de alcohol y cigarros suficientes para algunos días.

Te sientas a esperar.

Observas al extraño que te observa a ti. ¿Qué quiere? Intentas ver la cara de tu vigilante, pero los binoculares que usa para espiarte lo mantienen anónimo. Bebes y fumas con rabia mientras permaneces alerta. El mundo se ralentiza. Te sorprende la ausencia de ruido, la quietud estática de las nubes, la desaparición del tráfico en las calles. Todo se ha detenido. Todo parece estar a punto de colapsar sobre sí mismo y dejar de existir. Solamente estas tú, tú y el extraño que te observa desde el otro lado.

*Días después*

Te ha crecido la barba. Tienes los ojos inyectados de sangre y la lengua y los labios secos. Has dormido, has comido mal. Has observado, eso sí, sin abandonar tu puesto, aunque pronto has perdido el interés, pues el extraño, del otro lado, tampoco se mueve. Te sientes cansado. Lo único que deseas es terminar con el absurdo. Planeas ponerte en pie y llamar a la policía o, directamente, confrontar al extraño. Pien-

sas en eso cuando lo ves: él también se mueve. Por la torpeza de sus movimientos intuyes que ha estado bebiendo. Se pone de pie sobre el balcón. Te quedas helado. Ves los binoculares caer al suelo y entonces se lanza. Su figura se integra al vacío de la mano de la gravedad. Quieres pedir auxilio pero no puedes, no puedes hacer nada porque en ese momento comprendes que eres tú quien cae.

El absurdo está por terminar.



# El hada

1

Regreso a la montaña después de tantos años. El rancho de la abuela, abandonado desde su muerte, será mi guarida mientras vuelvo a hilar las piezas de mi vida, mientras dejo atrás el malestar del divorcio y la batalla legal por la custodia de los niños, de la pensión que el juez otorgó a mi ex esposa, a pesar de que fue ella quien me abandonó por su instructor de yoga.

Chingado.

Es viernes por la mañana, una mañana helada de diciembre, cuando me resuelvo a abandonar la ciudad. Meto ropa y otros enseres de higiene básicos en una maleta y subo al coche. Junto a mí, en el asiento del copiloto: Buick y Dodge, mis sabuesos de sangre. Me detengo en un supermercado a las afueras de la ciudad para aprovisionarme de whisky, carne y comida para perro. Después conduzco el tramo de siete horas que me separa del rancho.

El desierto abre paso a las montañas, las montañas a los bosques, a la sierra que canta, a los árboles quemados por el sol y el frío.

El rancho de la abuela, escondido entre bosques y hierba crecida, fue en otro tiempo un centro de producción de manzanas. Ahora no queda nada. Después de su muerte, las puertas se cerraron con candado y han permanecido así durante dos décadas. Entre los quince nietos acordamos que ninguno disponía del tiempo ni la energía suficientes para administrar la propiedad y, aunque consideramos venderla, al final ganó el sentimentalismo.

Estaciono frente al portón y bajo para quitar el candado. Desde la ventana, Buick y Dodge me observan luchar contra los mecanismos oxidados de la cerradura. Cuando las puertas ceden, los perros festejan con ladridos; saltan por la ventana del coche y corretean alrededor, pisotean las hojas secas que tapizan el patio.

La casa fue construida por el padre de la abuela a principios del siglo XX. La propiedad, blanca y de dos pisos, se esconde tras una pared de pinos. Tiene seis ventanales en la planta superior y seis en la inferior. Adentro, los pisos de madera crujen al pisarlos y los pocos muebles que quedan de cuando la abuela vivía están cubiertos por una espesa película de mugre y otras asquerosidades indefinibles.

Vuelvo sobre mis pasos. Subo al coche. Es imposible quedarse en estas condiciones. Dejo a Buick y a Dodge encerrados en el jardín y conduzco a la ciudad para pasar la noche en un hotel. Al amanecer, compro una cama, sábanas, un colchón, una parrilla eléctrica, y hago que lleven todo al rancho.

Los perros bailan al verme de regreso.

Contrato a un fontanero y a un electricista para que den mantenimiento a la casa, para que transformen aquel delirio que se cae a piezas en algo habitable.

Después de un gasto considerable de dinero y energía, la casa está lista para hacer de guarida espartana. No hay comodidad entre las ruinas, pero sí libertad y lejanía, y por el momento eso me basta.

Cuando llega la noche asamos carne en una fogata. Nada de croquetas hoy para Buick y Dodge. En cambio, arrojo piezas de arrachera que se apresuran a atrapar en el aire. Abro una botella de whisky. Bebo hasta perder el conocimiento.

La noche es buena, la noche es fría. Y yo canto.

Despierto con un fuerte dolor de cabeza. Paso la mañana en cama, rumiando la resaca. Al atardecer, cuando me siento mejor, me levanto y camino por la finca. Exploro los cuartos de la casa: la vieja cocina, la biblioteca, el dormitorio de la abuela. Los perros caminan detrás, siguen mis pasos mientras nos deslizamos sobre el piso que amenaza con rendirse al tiempo y pulverizarse.

De todas las habitaciones, la más interesante es la que perteneció al tío Juan. El tío Juan fue el hermano más chico de papá. Durante toda su vida se dedicó a la compraventa de ganado, pero perdió la razón después de que su esposa lo abandonara llevando a los hijos con ella.

Una tarde de invierno, el tío se internó en el bosque y nadie volvió a verlo.

Nadie lo buscó.

Entro a la habitación del tío y un escalofrío me recorre el cuerpo; la chispa va de la nuca al filo de la espalda y de regreso. Las paredes están llenas de garabatos, dibujos e inscripciones que carecen de sentido. Las palabras y las imágenes se unen en una danza sinrazón, una danza inescrutable para todo cerebro libre de locura. Los trazos parecen hechos con sangre.

Abandono la casa. Me dirijo al bosque. Oscurece y el cielo torna de azul a rojo mientras la temperatura desciende. Cierro mi chaqueta. Cruzo los brazos. Enciendo un cigarro.

Después de caminar durante quince o veinte minutos, me detengo frente a un claro. La escasa vegetación parece removida con cuidado. El círculo está delimitado por una frontera de piedras colocadas a conciencia. Algún mocoso borracho habrá saltado la

reja, pienso. Mi instinto es volver a casa y tomar mi pistola, pero ni los perros ni yo nos atrevemos a dar un paso. Un malestar se apodera de mí. Las piernas me tiemblan. Tengo la impresión de que nacen ojos a los árboles y me observan.

Náuseas.

Los perros ladran, gimen.

Es hora de irnos.

Más tarde, en casa, recuerdo lo sucedido y me reprocho haber actuado con cobardía. Prometo volver al día siguiente, armado, y deshacer el círculo de piedras. Durante la noche duermo poco y mal. Me levanto para vomitar en distintas ocasiones. Tengo fiebre. Tengo ataques de ansiedad.

En el sueño febril vuelve a mí la pared del tío Juan. En ella, la danza de la locura adquiere sentido: representa al claro del bosque.

Dodge y Buick lloran toda la noche.

Al amanecer el mundo está cubierto por una fina película de hielo. Durante la noche, el agua se ha adherido a la superficie de la vida: está sobre los árboles, los troncos y las hojas, cubre la madera pútrida de la casa de servicio y el hierro fundido de la verja.

Regreso al bosque. En el bolsillo de la chaqueta llevo mi pistola. Camino sin prisa, sin miedo. Los perros se quedan atrás, me observan desde la frontera del bosque.

Cuando vuelvo a encontrar el claro, aferro la pistola dentro del bolsillo.

Doy tiros al aire mientras deshago el círculo de piedras.

Entonces: un ruido seco, como de nueces tronando en mi cabeza, y el día se evapora envuelto en una nube de polvo.

Despierto en mi cama. Todavía llevo las botas y el abrigo puestos, pero la pistola no está. Intento ponerme de pie y entonces aparece un dolor agudo en la cabeza que me recuerda lo sucedido como en un sueño. Toco el cabello apenas húmedo, los rastros de sangre coagulada.

Me arrastro al baño. Vomito.

Escucho a Dodge y a Buick chillar afuera de la casa.

Me observo en el espejo: tengo la cabeza herida, los ojos inyectados de sangre.

Bajo a la cocina. Tomo un cuchillo de mesa. Me dirijo a la puerta para dejar entrar a los perros.

Mis manos sostienen el cuchillo con firmeza mientras quito el seguro a la puerta. Puede que sea una trampa, pienso. Puede que

alguien esté esperando al otro lado. Pero no hay nadie. Los perros entran rápido, lloran mientras van a esconderse bajo la cama.

Asomo la cabeza pero lo único que puedo ver es el límite del bosque que, en la oscuridad, parece estar sonriendo.

Atranco la puerta y me dirijo al cuarto de trofeos del abuelo. De entre las espadas, capas y trajes de luces, desempolvo un antiguo rifle. No es buena idea disparar un arma atrofiada por el tiempo, intentarlo es apostar caro y sólo en casos desesperados vale la pena arriesgarse. Pero, mientras llega esa ocasión, un rifle sirve para intimidar y para mantener lejano al miedo.

Tomo una botella de whisky, el cuchillo, el rifle y me atrincho en la habitación. El intruso podría estar dentro de la casa. Debería marcharme, pero intentar escapar a mitad de la noche sería una tontería. Las montañas cobran caro la falta de prudencia.

Tengo que esperar a que salga el sol.

¿Quién podrá ser el bastardo que está detrás de este ataque? ¿Mi ex esposa? ¿Su amante? ¿Acaso a la zorra no le basta con obtener la mitad de mi dinero y planea asesinarme para quedarse con todo?

Bebo hasta alcanzar el sueño etílico.

Despierto al escuchar unos golpecitos que llegan desde la ventana. Amanece y la luz tiene el resplandor azul de las mañanas invernales. Las retinas de mis ojos arden. Me pongo de pie. Camino a la ventana. Nada. No hay nada ni nadie. Pero apenas he dado media vuelta cuando vuelvo a escuchar los golpecitos.

—Abre —dice una voz de mujer al otro lado del vidrio.

Me detengo. Regreso a la ventana pero, una vez más, no veo nada, nada salvo una figura diminuta que se agita entre las ramas de los árboles.

—¿Qué eres? —pregunto mientras apunto con el rifle hacia las ramas.

La pequeña cosa alada revolotea, gira en el aire y se esconde tras las hierbas, las hojas.

—Una pequeña fugitiva —dice al tiempo que se acerca volando. Es una mujer o algo que asemeja a una. Mide treinta centímetros de altura y de la espalda le nacen alas de murciélago.

Retrocedo.

—Qué chingados —digo mientras la observo—. Esto no está bien, esto no es real. Mi esposa o su amante me han drogado, quizás echaron algo en el whisky...

Tomo la botella y la inspecciono: la destapo, la observo, olfateo el contenido. Entonces vuelven a llamar a la ventana.

—Abre. Me persiguen, necesito esconderme —dice ella.

Doy un trago profundo al whisky y me paso una mano por la cara.

—Qué diablos —digo antes de abrir la ventana.



Han pasado días desde que ella llegó. Todavía no sé si es real o una alucinación provocada por alguna droga o, quizás, por el golpe que recibí en la cabeza. Y aunque digo que han pasado días, lo cierto es que podrían ser diez minutos o un mes entero. No lo sé.

La damita voladora come y revolotea por las habitaciones de la casa durante todo el día. Ya devoró la carne y el pan, se bebió la leche y la cerveza, incluso se comió las croquetas de los perros.

Me siento en la mesa de la cocina y la observo mientras intento encontrar el hilo que me conduzca de regreso al mundo real. Es como estar en una cueva submarina, pienso, y verse súbitamente rodeado por el sedimento de las grutas; hay que mantener la calma y esperar a que la nube de oscuridad se disperse para encontrar el camino de regreso a la superficie, a la parte luminosa del mar.

—¿Qué es eso que bebes? —pregunta ella.

—Whisky.

—Quiero.

Voy a la cocina por otro vaso, lo pongo frente a mí y sirvo un trago a la damita voladora. Ella deja de revolotear y viene a sentarse.

—¿Eres real? —pregunto al cabo de un rato. Ella ríe.

—Tan real como tus botas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya te dije. Soy una fugitiva, una pequeña fugitiva.

—¿Fugitiva de quién?

—De la reina. Está enojada conmigo.

—¿Qué hiciste?

La damita deja el vaso sobre la mesa y su mirada adquiere el aire melancólico de las niñas tristes:

—Te salvé.

—¿A mí?

Ella asiente y continúa:

—Aquella tarde en la que destrozaste el círculo en el bosque... la reina no pretendía únicamente golpearte en la cabeza, quería la venganza total. Yo te salvé, te traje aquí.

—¿Por qué hiciste eso?

—No lo sé.

Eventualmente tengo que volver a la ciudad para abastecernos de provisiones. El hambre de la damita lo exige, así como la supervivencia de Buick y Dodge que comienzan a parecerle platillos apetecibles. Mientras estoy en la ciudad, aprovecho para detenerme en una librería y hacerme con todo el material de lectura disponible acerca del folklore local.

Al volver a casa, encuentro a los perros con el pelaje teñido de azul, de verde.

—¡Damita! ¿Qué hiciste?

Ella aparece volando:

—No debes dejarme tanto tiempo sola, bobo.

—Fui a traer comida.

—A la próxima me llevas contigo ¿o tienes vergüenza?

—¿Vergüenza de qué?

—De ser mi novio.

—¿Qué?

—¡Bobo! ¡Bobo! —dice la damita mientras se arroja al aire y desaparece convertida en chispas.

Los Moosleute y los Holzleute de Alemania, las hadas y los gnomos ingleses, las ninfas y los sátiros de la antigua Grecia, los chaneques en el sur de México y los niños de la tierra en el norte... Distintas culturas refieren en sus tradiciones a cierta clase de seres que viven más allá del reino humano; lejos de la vista, del tacto grosero del hombre y de la materia. Estas criaturas, llamadas Elementales debido a su asociación inmediata y permanente con la naturaleza, se deslizan entre lo real y lo fantástico, entre la tierra, el aire y el agua, entre lo asible y lo inasible, entre las palabras y el silencio. Paracelso, el alquimista del siglo XVI describió en su *Liber de nymphis, sylphis, pygmaeis et salamandris et de caeteris spiritibus*, el comportamiento y las características de un puñado de estos seres que, aunque reciben nombres distintos, corresponden a una misma naturaleza.

Tras leer los libros que adquirí durante mi visita a la ciudad, me convencí de que, a pesar de las múltiples interpretaciones que distintas culturas dan a estas criaturas, se trata, en realidad, de un sólo tipo que se manifiesta en diversas formas, figuras, imágenes y voces. Se aparecen con forma de pequeños dragones a unos y como mujeres bellas a otros; algunos los perciben como fuegos fatuos, y otros, en cambio, los encuentran en los caminos solitarios disfrazados de hombres y apenas reparan en ellos. Yo mismo no tengo la certeza de que la damita sea en realidad una damita y no la representación física de un soplo de aire.

Una tarde, en la biblioteca de la casa, encuentro el libro que termina de dar sentido a mi búsqueda. De entre los textos olvidados en los estantes, desempolvo un antiguo tomo escrito por el Conde Augusto Lequimides a principios del siglo XVII.

En un ataque de locura, el Conde abandonó el castillo familiar de Lapzonia para incorporarse a una expedición a las Indias, a las cuales se dirigió, según confesó en sus diarios, para encontrar la sabiduría. Pero lo que encontró fue una muerte odiosa y triste al desaparecer mientras exploraba el norte de México. Antes de morir, sin embargo, escribió el libro que ahora sostengo en las manos.

En la página doscientos cincuenta encuentro a la damita voladora:

“Los indios de las montañas refieren la aparición de mujeres con alturas que van de las tres a las cuatro palmas de manos; otra de sus más curiosas características consiste en las protuberancias de sus espaldas, las cuales describen similares a las de los alados mamíferos de las cavernas que los cristianos concebimos como portadores del mal agüero...”

Cuando estoy a punto de dar vuelta a la página, la damita aparece e interrumpe mí lectura.

—¿Qué lees?

Durante algunos segundos dudo qué responder. Considero mis opciones, pero es mejor no mentir. Muestro el contenido de la página a la damita quien inmediatamente arrebata el libro de mis manos.

—El libro del Conde —dice.

—¿Lo conoces? ¿Has leído el libro?

—No, no he leído el libro. Pero a él lo recuerdo bien, fue uno de mis primeros novios —dice mientras guiña un ojo y vuelve a desaparecer llevando el libro consigo.

Las horas de la noche escapan. No puedo dormir sin ayuda del whisky. A veces escucho a la damita jugar afuera, con los perros; a veces la escucho taladrar el techo o las paredes. En otras ocasiones, en cambio, no la escucho en absoluto durante días. Cuando eso sucede me siento profundamente solo.

Han pasado semanas, quizás meses, desde que vi por última vez a mis hijos, a mi ex esposa. Aquí en la montaña no tengo amigos, no tengo amor, no tengo nada.

No, eso es mentira: la tengo a ella.

—¡Damita! —grito cuando me siento solo, entonces escucho su risa en los árboles del bosque o, si es de noche, la observo brillar entre las ramas, entre los cerros, y eso me calma.

—¡Damita! —grito cuando me siento herido, entonces la escucho cantar en las rocas, en las nubes, en el viento que silva eterno en las hojas, y eso me calma.

—¡Damita! —grito cuando siento la garra del miedo arañar por dentro, el corazón, sí, pero también el estómago, los intestinos y los pulmones, entonces la escucho decir: “Calla, no te preocupes. Bebe más whisky”, y eso me calma.

Llueve. Las gotas caen pesadas como piedras. Las escucho golpear el techo, el suelo, las copas de los árboles. La damita aparece con una botella de vino.

—Bebamos —dice—, tengo algo que proponerte, pero antes bebamos.

Aparto la vista de la ventana, de la tristeza, y la observo.

—Bebamos.

La damita sirve el vino y tomamos en silencio mientras observamos llover.

Bebemos, bebemos, bebemos una copa tras otra.

La damita está ebria, acaricia mi entrepierna.

—Damita —digo, pero ella me calla, me besa.

Pronto estamos juntos en la cama.

Afuera el cielo se sacude en relámpagos. Adentro soy yo quien se sacude en ella.

Cuando amanece y la nube del vino me abandona, encuentro a la damita dormida sobre mi pecho.

—Damita —digo, pero ella no despierta; ríe en sus sueños.

Tras pasar la noche juntos, la damita desaparece. Los días pasan. La nieve llega; sepulta a la montaña y a mi soledad en ella.

Una tarde, mientras observo al sol sumergirse en el bosque, vuelvo a escuchar su voz:

—Tenemos que hablar —dice mientras llora, mientras se cubre el rostro con las manos.

—¿Qué sucede, damita? ¿Qué pasa?

La damita se lleva las manos al vientre.

—Estoy... —dice—, creo que estoy embarazada.

—No puede ser. ¿Es posible que suceda entre humanos y...?

—¡Estoy embarazada, tonto!

—¿Qué hacemos ahora?

La damita se queda en silencio durante algunos segundos, después vuelve a sollozar.

—Necesito volver a mi mundo. La primera comida del bebé debe ser alimento de espíritu. Si come primero aquí se convertirá en mortal y nunca podrá venir conmigo.

—¿Puedes volver a tu mundo? ¿La reina ya no te busca?

—La reina me perdonará. Pero necesito tu ayuda.

—Dime, dime cómo puedo ayudarte.

—Debido a que comí, bebí y me acosté contigo, no puedo regresar a mi mundo hasta que realices un ritual en el que me lo permitas.

—¿En qué consiste ese ritual?

—Debes elegir una habitación, aquella en la que pases más tiempo, y escribir en las paredes un texto místico que yo me encargaré de dictarte, eso abrirá un portal que me llevará de regreso a casa.



—Está bien, damita. Está bien.

—Otra cosa: debes escribir el texto con sangre.

—¿Sangre?

Ella baja la vista, asiente.

—Yo me encargo.

Los cadáveres de Dodge y Buick yacen en el bosque. Tomo la cubeta de sangre, un pincel y una escalera. Me deshago de los muebles de la habitación para hacer espacio, para poder llenar cada rincón con el texto místico. La damita, a mi lado, está lista para dictar.

Después de horas de intenso frenesí espiritual, psicológico y sexual, el ritual termina. La damita y yo nos encontramos exhaustos. Las paredes están cubiertas por una danza que representa todos los secretos del mundo. Los trazos pertenecen a mi mano, pero las ideas y los sentimientos expresados vienen de un lugar lejano. La sangre brilla con una luz más intensa que el sol. Pronto la habitación está sumergida en un mar luminoso.

Entonces, de la luz comienzan a emerger figuras femeninas que brillan, brillan, brillan. Mujeres sin rasgos, sin rostros, revolotean a nuestro alrededor.

Ya no estamos en la habitación.

Observo a la damita cambiar de tamaño: deja de ser una damita y adquiere la altura de una mujer normal.

—La reina —dice una de las figuras luminosas.

—La reina —afirma otra voz.

—La reina.

—La reina.

—Ha vuelto la reina y nos trajo comida.

—¿La reina? ¿Comida? —pregunto confundido.

La damita sonrío, satisfecha.



*El esqueleto, el bada y otros textos*

Noviembre 2020

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro 12 y 16 pts.



# El esqueleto, el hada y otros textos

El esqueleto, el hada y otros textos, primer libro de relatos publicado por Oscar Bonilla, es una colección de historias en las cuales la fantasía encuentra al mundo real y los problemas que este plantea. La violencia, la locura, el divorcio y la imposibilidad del amor son los temas que, a través de esqueletos gigantes, hadas y doppelgängers, se exploran en este libro.



DIRECCIÓN GENERAL  
VINCULACIÓN CULTURAL



GOBIERNO DE  
MÉXICO

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

Gobierno  
del Estado



Coahuila

SC | SECRETARÍA  
DE CULTURA

iFuerte,  
Coahuila ) **es!**

EDICIÓN REALIZADA CON EL APOYO DE LA SECRETARÍA DE CULTURA A TRAVÉS DEL APOYO A INSTITUCIONES ESTATALES DE CULTURA (AIEC) 2020.

ESTE PROGRAMA ES PÚBLICO, AJENO A CUALQUIER PARTIDO POLÍTICO. QUEDA PROHIBIDO SU USO PARA FINES DISTINTOS A LOS ESTABLECIDOS EN EL PROGRAMA.